

NEW LEFT REVIEW 93

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2015

	NUEVAS MASAS	
PABLO IGLESIAS	Entender Podemos	7
ENTREVISTA	España en la encrucijada	33
	ARTÍCULO	
MIKE DAVIS	La teoría perdida de Marx	
	NUEVOS MEDIOS	
FRANCIS MULHERN	Una fiesta de rezagados	
	ARTÍCULOS	
JOANN WYPIJEWSKI	Solo en casa	
R. TAGGART MURPHY	Sobre el Japón de Shinzo Abe	
	CRÍTICA	
JOSHUA RAHTZ	¿Flaquea el motor alemán?	
EMMA FAJGENBAUM	Tzara aproximativo	
VOLODYMYR ISHCENKO	Mitologías del movimiento Maidán	

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

SOLO EN CASA

ESTÁ CLARO QUE resulta grosero llamar estúpido a un país. Incluso puede no ser legítimo, pero en la medida en que aceptamos que las encuestas se adentran en las inmediaciones de alguna verdad colectiva en prácticamente todas las demás áreas de la vida, entonces los recientes sondeos que señalan que los estadounidenses están a favor de enviar las tropas de vuelta a Iraq, en una proporción del 57 por 100 (CBS), 60 por 100 (Fox) o 62 por 100 (Quinnipiac University), indican que una gran parte de Estados Unidos es realmente estúpida y se vuelve más con cada minuto que pasa. En la encuesta de Quinnipiac, la última de las tres, el 69 por 100 de los votantes también decían que confiaban en que Estados Unidos y cualquier alianza que pudiera establecer obtendría la victoria en Iraq y Siria. Washington puede no sentirse tan confiado, pero los candidatos presidenciales republicanos están reviviendo con un creciente tronar el viejo mantra de «luchar contra los terroristas». Y los medios de comunicación corporativos, que en 2013 hablaban solemnemente de «una nación cansada de guerras» y el año pasado atraían clientes con decapitaciones en el desierto, están siguiendo un previsible camino hacia una insensata amnesia. «Los estadounidenses ya no están cansados de la guerra», anunciaba *on line* *The Washington Post* en febrero. Un mes más tarde, la cadena liberal de televisión MSNBC utilizaba un lenguaje prácticamente idéntico: «El cansancio por la guerra se desvanece; la mayoría de los estadounidenses apoyan la guerra sobre el terreno contra el Estado Islámico».

Mientras tanto, una minúscula minoría de la población –alrededor del 0,16 por 100 según las medidas estándar– está tan cansada, tan herida, es tan hipercrítica ante las realidades de la guerra, que sus miembros no pueden dormir, funcionar o, a menudo, soportar seguir viviendo. Se trata de los soldados que han luchado en esas largas guerras y han sido diagnosticados con trastorno por estrés postraumático. Su número

relativamente pequeño, generalmente calculado en 500.000 personas, pesa más cuando se considera como porcentaje de todas las tropas desplegadas en Iraq y Afganistán –representa entre el 20 y el 30 por 100 del total– y cuando se toma en consideración el efecto multiplicador de padres, esposas, amantes, hijos y demás personas implicadas en sus vidas. Tampoco los datos reflejan la realidad, porque no tienen en cuenta la naturaleza del trastorno por estrés postraumático, cuyo pleno impacto puede retrasarse. No incluyen a aquellos que están atormentados por recuerdos de guerras anteriores o a los que sufren en secreto. Por lo menos la mitad de los 2,7 millones de soldados que han estado en Iraq y Afganistán nunca han buscado una evaluación o un tratamiento: las heridas mentales de la guerra son un estigma. También plantean una insoportable paradoja: los soldados sufren un dolor real, están enfermos de culpa y rabia y por su propio bien y el de los demás tienen una urgente necesidad de ayuda; sin embargo, la sociedad que define la normalidad en la imaginación popular, si es que no en la terapéutica, es insustancial, remota, carente de seriedad, irresponsable. Lo «normal» ya no es estar muy cansado de la guerra. ¿Qué persona racional, qué alma con sentido de la moral, desearía ser normal entonces?

El cansancio traumático no es heroico en ningún sentido convencional. No es particularmente atractivo. No satisface el apetito por relatos dramáticos. Nosotros recordamos más el salvajismo de Aquiles que su letargo; la agudeza y el carácter aventurero de Ulises más que sus lágrimas; el inigualado récord de muerte y racismo del miembro de los US Navy Seal Chris Kyle –especialmente evidente en su autobiografía *American Sniper*– más que su final. David Finkel obtuvo los aplausos y la «beca para genios» de la fundación MacArthur por su libro de 2009 *The Good Soldier* sobre las experiencias de un batallón de infantería de Fort Riley, Kansas, enviado a Iraq como parte del incremento del contingente militar estadounidense decidido por George W. Bush en 2007. Steven Spielberg compró los derechos de la secuela de 2014, *Thank You for Your Service*, que sigue la pista de los mismos soldados y sus familias tratando de sobrevivir al «después» de la guerra, pero el proyecto de la película ha quedado parado, se dice que por falta de acción. Es un libro mejor que su predecesor, un libro más duro. Leerlo es un acto de resistencia. Su violencia no tiene el *frisson* [escalofrío] del periodismo «empotrado» en las unidades de combate, cuyos acontecimientos tienen un principio y un final, y que tiende a redimir los terribles actos de la banda de compañeros de armas mientras los del enemigo quedan más allá de cualquier explicación. La violencia aquí, y en

el reciente documental de Laurent Bécue-Renard, *Of Men and War*, está incrustada en el ser del soldado, una bomba emocional, esperando, explotando en cualquier lugar y en todas direcciones, una y otra vez.

La expresión *Thank You for Your Service* surgió pronto con las largas guerras. Como *Support the Troops*, era una forma de que una gente protegida representara la unidad. En las ciudades y pueblos de Estados Unidos brotaron los lazos amarillos, los carteles amarillos en el césped, los globos y pegatinas para los coches como los colores de un equipo en día de partido. La guerra sería un deporte, la gente sería los espectadores y *Thank You for Your Service*, el gesto de chocar las manos con los combatientes después de una rápida y decisiva victoria. Cuando ello demostró ser una vana esperanza, el espíritu de equipo se asentó en los ritmos del comercio. *Support the Troops* aparecía como antes lo había hecho el *Buy American*, un eslogan en los escaparates de las tiendas, en los carteles publicitarios y en las pegatinas de los automóviles. La guerra era una empresa; la seguridad, su producto; la gente, los consumidores; los soldados, trabajadores entrenados, y *Thank You for Your Service*, una clase de propina. A medida que la empresa (aunque no el negocio) mostraba su fracaso, los signos se desvanecieron, algunas veces reemplazados por imágenes de manos juntas, *Pray for Our Troops*. La guerra se había vuelto un problema, los soldados estaban agotados, la gente había perdido la orientación y *Thank You for Your Service* era una etiqueta vacía o una penitencia. En el momento en que Finkel estaba escribiendo, lo que quedaba entre los civiles era un deseo de pasar a otra cosa y entre los soldados, amargura. «No me darían las jodidas gracias si supieran lo que hice», dirían muchos con casi las mismas palabras.

Finkel, un periodista de *The Washington Post*, es un maestro en transmitir el absurdo y el patetismo del momento. La serie de artículos –por los que recibió un premio Pulitzer– sobre los esfuerzos de un agente del departamento de Exteriores para aplicar a Yemen la política de George W. Bush de «exportar la democracia» en 2005 era un cuento de buenas intenciones (las del agente) y de falsas fachadas (ambos gobiernos), de dinero, peligro y crisis que se superponen. *The Good Soldiers* era un cuento de una guerra perdida. Ambos pueden leerse como episodios en la historia de un imperio a punto de desmoronarse, pero lo que su autor opina sobre esos proyectos imperiales, más allá del absurdo que muestra –si piensa que las aventuras estadounidenses en el Oriente Próximo están simplemente equivocadas, frustradas por indignos socios extranjeros, ejecutadas por

una inepta dirección civil o ancladas en una mayor y más larga estrategia de dominación y explotación—, es algo que no deja ver.

En entrevistas concedidas desde la publicación de *Thank You for Your Service*, Finkel se ha afanado por decir que no todos los soldados están deshechos por la guerra; la mayoría se readapta y se desenvuelve bien. Quiere reconocer la responsabilidad colectiva de los estadounidenses por aquellos que no están bien, pero por lo demás ha dicho que el libro está «libre de agendas previas». Eso no es exactamente verdad, ya que hay una política por defecto al aceptar, como él hace, que la guerra es un hecho eterno y el militarismo una característica esencial de la política y la cultura de Estados Unidos. El libro, y todos los que aparecen en él, permanece en silencio sobre la política de la guerra y sobre cómo influye sobre la posguerra. Eso, también, es una decisión política. Pero entonces, como la vivieron Finkel y los soldados en los que confió durante ocho meses, la guerra se sentía como algo fuera de la política, sin lógica ni argumento, solamente miedo y angustia y el esfuerzo por sobrevivir: o, como él dice, «con el tiempo la guerra llegó a significar cada vez menos hasta que no significó nada en absoluto, y mientras tanto los otros soldados empezaron a significar más y más hasta que significaron todo». De ese modo, *Thank You for Your Service* es un libro sobre lo que sucede cuando el significado se desvanece; cuando los soldados se dispersan y su experiencia de situaciones extremas choca con la política personal y social en casa.

Danny Holmes regresó de la operación de incremento de tropas enviadas a Iraq en 2007 con una serie de fotografías que supuestamente eran material clasificado, pero que de cualquier forma estaban en sus manos, en un archivo de ordenador llamado «Iraq/Graphic». Documentaban un día en la guerra que se volvió tristemente célebre debido a un granulado vídeo colgado en Wikileaks: el día en que un fotógrafo de Reuters, su ayudante y siete personas más volaron por los aires debido al fuego de un helicóptero Apache. Aquel día Danny estaba entre las tropas sobre el terreno y sus imágenes, escribe Finkel, fueron tomadas para informes posteriores:

Cabezas partidas, torsos destrozados, sangre derramándose, los órganos desparramados.

Primeros planos, autoenfoco, luz solar, color perfecto.

La guerra, en otras palabras, como la experimentaban los soldados que estaban en ella y preguntaban a Harrelson [que se quemó vivo] qué había sucedido y que después de un ataque de morteros se preguntaban si había algo que pudiera estar asomando por sus cabezas.

Shawnee, la novia de Danny, le encontraba algunas veces con convulsiones, mirando fijamente esas fotografías en el ordenador. Ella tenía diecinueve años cuando se encontraron después de que él hubiera regresado a casa. Él, treinta. Le contaba historias de la guerra, algunas terribles, otras graciosas. Después de que naciera su hija, la historia que más contaba era la muerte de un iraquí que disparaba con una mano y sujetaba a una niña pequeña con la otra. Danny tuvo que disparar y mató a los dos; le decía a Shawnee: «Ahora veo niños en todas partes». Sus compañeros dicen que eso nunca sucedió. Sucedió para Danny. Cada vez estaba más perdido; ella insistió en que pidiera ayuda: la vieja historia. El último día de su vida ella hizo planes para salir con amigos por la noche. «Necesito hablar», dijo Danny aquella mañana, pero ella tenía que lavar ropa, después ir al salón de bronceado; «Tengo que hablar», «Tengo que hablar», mientras ella limpiaba la casa, lavaba el coche, se duchaba y se preparaba para irse. Aquella noche bebió demasiado, la detuvieron y volvió a casa al amanecer para encontrar a su hombre colgado en las escaleras. Shawnee tenía entonces veintiún años, con una niña y sin dinero ni trabajo. Una mujer tratando de salir adelante, que ahora tiene pesadillas propias, podría haber sido cualquier estadounidense en ese día lleno de distracciones, y Danny, cualquier soldado atormentado.

Probablemente, Danny no figuraba en las estadísticas oficiales de soldados que sufrían trastorno por estrés postraumático. Nunca buscó ayuda, por lo que no fue diagnosticado. Pero como han visto los oficiales que se reúnen cada mes en el Pentágono para revisar los últimos suicidios, el diagnóstico y el tratamiento no son una garantía contra la aniquilación final. El suicidio de soldados ha estado en las noticias desde hace años, más notoriamente ahora que el número de los que acaban con su propia vida, ligeramente por encima de 5.000, está a punto de superar al número de estadounidenses muertos en las guerras. Llamativamente, catorce años después de que por primera vez se enviaran tropas terrestres a Afganistán, no hay ninguna investigación que combine los datos sobre suicidios y las bajas en combate. Un estudio sobre 3,9 millones de soldados estadounidenses realizado entre 2001 y 2007, publicado por *JAMA Psychiatry* encontró elevados porcentajes de suicidio entre todos los soldados, al margen de que hubieran sido desplegados (19/100.000) o no (18/100.000)¹. No diferenciaba a los combatientes veteranos (las tropas

¹ El estudio retrospectivo incluía a todo el personal uniformado de servicio tanto en activo como en la reserva del Ejército de Tierra, Cuerpo de Marines, Fuerza Aérea, Marina y Guardia Nacional. Véase Mark Reger, Derek Smolenski, Nancy Skopp *et al.*, «Risk of Suicide Among US Military Service Members», *JAMA Psychiatry*, abril de 2015.

desplegadas no entran todas en combate), pero llegaba a la conclusión de que los porcentajes entre el Ejército de Tierra y los Marines eran el 25 por 100 más elevados que entre la Marina y la Fuerza Aérea. «Estamos atando lentamente los cabos», decía en abril Michael Schoenbaum, del National Institute of Mental Health, en *The New York Times*.

Los cabos del sentido común, y de la historia, no exigen una prueba tan laboriosa. Al margen de que los estadounidenses en su conjunto puedan atarlos, elijan no hacerlo o no se preocupen por ello —o se hayan adaptado al suicidio a medida que los índices para la población en general han aumentado, desde 2000, hasta 13/100.000—, este impacto interior tan publicitado del militarismo y las guerras no parece haber inhibido un nuevo entusiasmo por enviar tropas a la batalla. Los comentaristas de televisión repiten el eslogan «Las botas sobre el terreno» como una profecía a la espera de su realización. La observación habitual es que la gran mayoría de la gente simplemente no tiene contacto con las guerras. Pero todo el mundo conoce estas muertes. Quizá, como en un reciente programa especial de la CNN, la gente quiere creer que el problema del suicidio puede barrerse con unos cuantos días de entrenamiento en la meditación trascendental y su aplicación regular en las zonas de guerra.

En todo caso, la pantomima del apoyo, del agradecimiento, de *una nación* en guerra, solo se realizó superficialmente en beneficio de «las tropas». Y esa superficialidad —la aparente facilidad con la que la sociedad estadounidense puede conectar o desconectar de la más grave de las empresas humanas, su rechazo de los hechos incómodos y la satisfacción con el bullicio (el surrealista regreso de los soldados a las aclamaciones, a la familia y a los compases del «Let's Get It On»), las preguntas desenfadadas («¿Mataste a alguien?») y el juicio rápido («Tú lo firmaste») o el quitar importancia a los sentimientos de culpa («¡No es tu culpa!»), la insustancial normalización de la inmoralidad («Enseñad a los árabes quién es el jefe. Tirarles una bomba nuclear. Feliz día de Acción de Gracias», como animaban algunos escolares de Arkansas a los soldados en un paquete de asistencia), la alergia a la introspección—, esa superficialidad, decíamos, está en contradicción con la profunda lucha en la que muchos veteranos están atrapados.

El suicidio no es más que el último extremo de lo extremo. Adam Schumann estaba en la habitación de la caldera con el rifle metido en la boca cuando su mujer, Saskia, entró de repente. Él había visto mil días

de combate en Iraq, tres periodos de servicio y numerosos psiquiatras y consejeros en los dos años desde que volviera a casa, en una evacuación por cuestiones mentales. Se le consideraba un «gran soldado», un sargento, y ninguno de sus hombres u oficiales se había imaginado lo oscura que se había vuelto su vida interior hasta que no pudo ocultarlo más. Una vez en casa, en Kansas, recibió recetas médicas, programas y un empleo. Cada mañana Adam, de acuerdo con la descripción que Finkel hace de sus rituales propios de un trabajo alienado, se tragaba los antidepresivos y se encaminaba a una oficina de un centro de atención telefónica del Ejército –llevando una enchilada de WalMart y un refresco de Mountain Dew para el almuerzo–, para ayudar a los jubilados a averiguar sus prestaciones, mientras deseaba poder pedir ayuda para sí mismo. La primera cosa que hacía en el trabajo era buscar otro empleo; después trataba de mantenerse entero un día más.

El repique del teléfono en su oído derecho está especialmente alto hoy, pero no lo suficiente como para ahogar la voz de la mujer dos cubículos más allá. «Bien... Bien... Bien...Bien», dice a su auricular, como un metrónomo, como un martillo, como la alarma de un coche, y Adam fantasea con coger su lápiz y apuñalarla en el cuello.

Adam no atacó a la mujer en su centro de trabajo y no se mató en el sótano. Por casualidad su mujer entró y por casualidad el trabajador social de la Administración de Veteranos le encontró plaza en un centro de tratamiento en Napa Valley, California, llamado The Pathway Home. Le sirvió para salvar su vida y es el escenario de la obra de Bécue-Renard *Of Men and War*. La película se estrenó el año pasado en Cannes y ha tenido una limitada distribución este año en Estados Unidos. El fundador y director de Pathway, Fred Gusman, me dijo que le gustaría que se exigiera ver la película. Lo decía sin ninguna pretensión de autopromocionarse.

Al principio, *Of Men and War* parece ser tan tosca como elaborada es *Thank You for Your Service*. La película comienza *in media res*, algunos hombres viajando en una furgoneta; ¿quiénes son? El que habla por teléfono resulta instantáneamente falto de atractivo. La furgoneta sigue su camino y cuando llega a su destino, una casa para veteranos pintada de blanco en medio del campo, hay más hombres, pero sigue sin haber ninguna presentación. El espectador, sin embargo, ha quedado incluido en el encuentro. Inicialmente sientes su rabia. Piensas, «Idiota», y sin duda ellos saben que lo piensas. O piensas, «Averiado», y ellos también

lo saben. Piensas que alguno puede querer darte un puñetazo. Otro simplemente se queda mirando con las manos rascando la mesa que tiene delante o frotando arriba y abajo los costados de sus muslos. Cuarenta minutos de película y sigues estando fuera. Ellos siguen siendo extraños, pero ahora ya sabes por qué.

Bécue-Renard había trabajado anteriormente en una larga película documental con un grupo de terapia para mujeres en Sarajevo después de la guerra, *De Guerre Lasse* (2003). Ahora se pasó seis meses en Pathway conociendo a los pacientes antes de que aceptaran dejarle filmar para *Of Men and War* sus sesiones de terapia del Grupo de Traumas. Eso no se ha hecho nunca anteriormente; lo que los programas de televisión y otros medios muestran son guiones recreados o aproximaciones. La película avanza lentamente, porque las sesiones también lo hacen; tiene súbitas rupturas, irascibles disputas, perspectivas sesgadas y, por la misma razón, algunos descubrimientos. Dura mucho, reflejando el planteamiento de Pathway: estancias de cuatro meses que pueden variar dependiendo de las necesidades del individuo; una característica única entre los aproximadamente doscientos programas de tratamiento que, como señala Finkel, «pretenden ayudar a los soldados» y que, si son residenciales, tienen estancias de cuatro semanas, o siete, o de unos cuantos días. La película involucra a las familias y a la comunidad, porque Pathway también lo hace y porque los problemas de aislamiento de un soldado son problemas sociales. Regresa a algunos de sus protagonistas cinco años después, por el interés que ello tiene, pero también porque el programa de Pathway hace controles regulares. Algunos de ellos continúan durante años.

«Lo que tenemos es vergonzoso como la mierda», dice en el Grupo de Traumas un grueso y tenso hombre blanco joven. «Te sientes pequeño; te sientes defectuoso». Así son las cosas y así unos hombres entrenados para la dureza hablan de ser débiles y asustados y monstruosos, o simplemente perseverantes. Hablan de trabajar en el depósito de cadáveres, de «romper la rigidez» del cuerpo de un muchacho de 19 años que se suicidó, para que quepa en la bolsa, o de desenmarañar los restos de un grupo de soldados sin cara, quemados en un camión, que están entremezclados «como un manojo de cuerdas». Hablan de sus sueños, de sus asustadas mujeres. Puede que se haya ido y haya conseguido una orden de alejamiento antes de que él regrese a casa, o puede que tenga los papeles del divorcio, pero que los guarde mientras él esté recibiendo asistencia. «No me imagino

qué es ser una mujer casada con un hombre que te dobla en tamaño y que es letal, en el ejército, y descarga su rabia sobre ti, una persona que se supone que te ama», dice un antiguo médico. Es blanco, delgado, parece un ciervo. No sabes su historia de guerra todavía y no sabes cuándo te vas a enterar, si es que lo haces. Pero escuchas mientras él y todos los demás se enfrentan a un mundo de dolor. Y puede que los hombres se resistan y puede que salgan furiosos de la habitación y puede que Gusman, al que realmente tampoco has conocido nunca, pero que está siempre ahí, tenga que recordarles que «ser un rehén de la zona de guerra no es vida». Les sigues fuera de la habitación, fumando cigarrillos, meditando, recibiendo la visita de sus mujeres o padres, visitando a los lugareños, tratando de estar bien o de simularlo sabiendo que no lo están. Ves a sus hijos haciendo las típicas cosas de niños, corriendo, riéndose con agudos gritos y te sientes preocupado por todos los que están en la habitación. Estás deseando volver al Grupo de Traumas y, sorprendentemente, no te sientes como un mirón, porque esto no es pornografía de guerra; esto es la mierda, como ellos dicen.

No es hermoso ni horrible, simplemente es así. Y no te gustan todos ellos, pero esa no es la cuestión. Todos están luchando para volver a ser humanos y tienes que preguntarte a ti mismo si sabes lo que eso significa. Pierdes el sentido del tiempo, pero ha pasado mucho desde que un tempestuoso individuo se negó a hablar, y ahora cuenta una historia de abrir fuego sobre una familia que salió corriendo en un puesto de control y de matar así a dos hombres, «los que sostenían a la familia», sintiéndose horriblemente por ello; habla de tratar de repararlo, de visitar a la familia, de llevar dinero y una vez, inconscientemente, de preguntar a la hija mayor qué le gustaría por su cumpleaños si pudiera tener cualquier cosa. «¡Quiero a mi padre de vuelta! Me gustaría que vosotros os fuerais. Me gustaría que Estados Unidos se fuera. Os odio». Y entonces hace una pausa: «Pensaba en esto cuando dormía. Cuando cagaba. Cuando iba a la ducha. Pensaba en esto cuando estaba con mi hijo. Cuando hacía el amor con mi mujer. [...] Esa jodienda te mata por dentro. ¿Sabes?, no utilizamos la palabra “matar”. Utilizamos “cargarse”, “eliminar”, el jodido “volar”. Pero nosotros *matamos* al padre de alguien».

Gusman lleva mucho tiempo en esto. Puso en marcha el primer programa residencial de tratamiento para veteranos con estrés post-traumático en 1978, tres años después del final oficial de la Guerra

de Vietnam y dos años antes de que ese estado recibiera un nombre. Entonces era un terapeuta en la Administración de Veteranos y ayudó a dirigir la impresionante expansión de los servicios de atención a los traumas que ofrecía la agencia durante la década de 1980. Observó los efectos sobre la salud de los cierres de bases del Pentágono en la década de 1990, cuando desaparecieron hospitales y se recortaron los programas para tropas en activo o en la reserva. Aproximadamente al mismo tiempo, la Administración de Veteranos adoptó el modelo mercantilizado de atención médica, lo que significó menos camas, más pacientes externos, más deambular para los veteranos, menos tiempo, estancias residenciales limitadas a un máximo. En la década de 2000, Gusman estaba viendo directamente los problemas de los soldados en las bases militares y estaba claro que la Administración de Veteranos no estaba preparada para ellos. The Pathway Home fue una idea filantrópica. Para Gusman, planteaba la oportunidad de innovar en la terapia sobre los traumas, de «abirla», de permitir la recreación de la gente (una palabra que nunca fue más adecuada) y ayudarles a entender su enfermedad en el contexto de sus vidas:

El trauma es una violación del yo. ¿Cómo sabes quién es el yo si estás atascado en el momento? ¿Si miras a la vida a través de las lentes del combate? Así que tienes que buscar el conjunto del yo. Quién eras antes del trauma. Eres una persona completa; para regresar tienes que mirar a lo positivo, a lo negativo y a lo cuestionable.

Pathway mide el progreso no por el estado de los recuerdos del veterano —la experiencia no puede borrarse, especialmente después de que se repita tres, seis, ocho, diez veces—, sino por la calidad de su vida: ¿puede aprender, puede amar, puede trabajar, puede sentir empatía de nuevo? Como obra de beneficencia establecida con un capital inicial para cubrir sus tres primeros años, es independiente de la Administración de Veteranos, independiente de compañías aseguradoras, lo que significa, ahora, que Gusman tiene que mendigar.

Mientras *Of Men and War* se proyectaba una noche en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, las taquillas de todo el país hacían caja con la película de Clint Eastwood *American Sniper*. Esto se producía aproximadamente al mismo tiempo que salió la primera encuesta que mostraba el renovado apetito por la guerra de los estadounidenses. Es posible ver esta segunda película y lamentar la invasión de Iraq, pero desde que se estrenó llegaron informes de audiencias que aplaudían cada vez

que Kyle el francotirador alcanzaba otro blanco. Es posible leer su libro, que ha vendido más copias que los dos de Finkel juntos, como un documento de psicopatología de la guerra, pero no hay evidencias de que esa fuera la intención del autor o del editor. Presenta la disyuntiva entre la perspectiva de Kyle y la de su mujer, Taya. Ella valora el amor por la familia; él valora lo que llama el «país», lo que probablemente significa el amor de sus compañeros de los Navy Seals, aunque el amor del que más habla sea el amor por la guerra. Su libro tiene algo de un manual sobre el trabajo de la guerra y Kyle explica la adaptación al homicidio de la siguiente manera:

La primera vez que disparas sobre alguien te pones un poco nervioso. Piensas: «¿Realmente puedo disparar a ese tío? ¿Está todo realmente bien?». Pero después de que matas a tu enemigo, ves que todo está bien. Dices: «Magnífico».

Lo haces otra vez. Y otra. Lo haces para que el enemigo no te mate a ti o a tus compañeros. Lo haces hasta que no te queda nadie a quien matar.

En eso consiste la guerra.

Me encantaba lo que hacía. Me sigue encantando [...]. No estoy mintiendo ni exagerando al decir que era divertido.

Kyle era realista cuando escribió: «En eso consiste la guerra». ¿Era una persona sana? En el libro de Finkel los soldados que gesticulaban para sacarse fotografías con cuerpos o partes de ellos en Iraq, diciendo: «Genial», ahora repiten una y otra vez: «¿En qué estaba pensando?». Esa clase de «diversión» no se supone que sea parte de la guerra según sus diversas leyes, pero esas leyes existen precisamente porque sí lo es. («Divertirse» fue la principal atrocidad por la que fueron llevados a juicio policías militares de poca graduación en el escándalo de Abu Ghraib; torturar a los prisioneros como parte de su trabajo no se incluía en los autos de procesamiento).

Matar «hasta que no te queda nadie a quien matar» tampoco se supone que sea parte de la guerra. Tomado literalmente, significa disparar contra los heridos, los prisioneros, los civiles; en otras palabras, significa exterminación; tomado figuradamente, en el argot de «chicos buenos y chicos malos» —«salvajes» para Kyle—, es la materia de las superproducciones. Aquí, el trabajo no es complicado. Cada disparo está justificado, cada cuerpo es un salvaje, cualquier consecuencia posterior se ignora (¿el EI?) o se resuelve con facilidad. Como los problemas con las rodillas, los problemas con los nervios son una enfermedad relacionada con el

trabajo. Kyle decidió que la mejor manera para que los veteranos heridos y mentalmente lesionados salieran adelante era salir a realizar prácticas de tiro. Cuando uno de esos veteranos, Eddie Ray Routh, un psicótico diagnosticado, volvió su arma contra Kyle y otro veterano y acabó con sus vidas, fue acusado de asesinato. Routh fue condenado en febrero, mientras la recaudación de *American Sniper* estaba camino de superar el listón de los 300 millones de dólares. Antes de que Routh fuera sentenciado a cadena perpetua, uno de los amigos de Kyle en los Seals, un héroe de guerra condecorado, alardeó en los medios sociales de que ahora los internos de la prisión sabrían qué hacer con él; en el lenguaje común, se divertirían con él. No hubo expertos que se levantaran para decir que Kyle y sus amigos habían sido cualquier cosa excepto gente normal.

«Nunca superas el matar a alguien», dice en *Of Men and War* el veterano en combate que está atrapado por los recuerdos de destrozar a una familia. Gusman señala: «Lo puedes hacer *allí* [en la zona de guerra] porque tienes que funcionar». Ese cambio resume la paradoja de la salud mental en una cultura de guerra. El soldado está anclado en la locura de la guerra. Ahora que vuelve como veterano, sigue estando anclado allí, pero su contexto ha cambiado. Sobre el papel, sus palabras tienen un sentido moral y lógico para cualquiera que se opone a esa locura, junto a la agresión y éxtasis imperial que se dice que es la marca del patriota. El que la muerte y lo malo te cambien parece saludable, o por lo menos natural; «superarlo» —la frase del vago final— solamente parece posible con cinismo o con una gigantesca represión; amar es monstruoso. A comienzos de su estancia en Pathway, Adam Schumann (que no aparece en la película) enviaba un mensaje a su mujer a las dos de la madrugada:

«No puedo dormir. Solo puedo pensar en toda la muerte que he visto, que he causado». «Tú no la causaste», escribe ella poco después. «No puedes tener esa clase de culpa. Es el coste de la guerra». «Sí, lo hice», responde él.

De nuevo, sobre el papel el diálogo se interpreta como la voz de la responsabilidad contra la de la justificación. Pero la gente no vive en el papel. Como los otros veteranos, Adam no se encuentra bien, y Saskia no se equivoca en que su culpa está castigándole. Donde cada zona es una zona de guerra, no puede funcionar mejor en el llamado hogar de lo que lo hacía en Iraq. Su matrimonio está en ruinas. Un tipo afable, según todas las opiniones, Adam, no obstante, grita a su mujer y rompe cosas cuando no está simplemente encerrado en sí mismo. Ella le ataca y no puede perdonarle por todo lo que su vuelta ha supuesto, incluyendo

su propia transformación en una enfurecida y violenta conductora cuando está al volante. Entre sus muchos dudosos récords, las guerras largas presentan los índices más elevados de violencia doméstica entre los veteranos que regresan, así como los mayores índices de suicidios. Escuchar a los hombres en el Grupo de Traumas de Pathway –uno que está convertido en un zombi; otro cuya hija ha empezado a pegar a los niños en el colegio; otro que está asustado por lo que puede hacer a sus hijos; otro que empatiza con otros veteranos, pero con nadie más– es darse cuenta de que solamente hay peligros en la abrumadora responsabilidad y rabia que llevan dentro.

Desde un punto de vista terapéutico, el soldado necesita aceptar que sí, que él tomó decisiones, y que sí, que esas decisiones tenían un precio; se tomaron en unas circunstancias donde cualquier decisión era probable que fuera mala. ¿Cómo entiende sus acciones ahora y cómo encaja la experiencia en una matriz mayor, de manera que pueda vivir hoy? «No puedes entrenar a la gente para que mate gente sin que eso tenga consecuencias; el peaje psicológico es inevitable», decía Gusman cuando hablábamos. Pero, «sin embargo, no reconocemos eso. La gente dice: “Deberían estar contentos, están en casa, pueden ducharse”. La realidad es que no están contentos y no pueden estarlo. No hay nada nuevo en cuanto al trauma; se remonta a la antigüedad, pero no somos demasiado buenos historiadores». Y cuando se trata de la guerra y su significado, «no lo comprendemos. Tenemos la responsabilidad de aceptar que hay un precio que pagar».

Sobre el precio en muerte y destrucción para los pueblos extranjeros, es como si Estados Unidos fuera una nación de Madeleine Albright: las sanciones merecían la pena; la muerte de quizá 500.000 niños iraquíes incluso antes de la guerra merecía la pena; un mundo en llamas merecía la pena, después no, ahora otra vez puede ser que sí; excepto para ciertas zonas de muerte, como Ramadi, por la que después de todo no merece la pena luchar, como decía a finales de abril el general Martin Dempsey, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor. En la provincia de Anbar se dice que han muerto unos 9.000 soldados iraquíes y 1.335 estadounidenses en las batallas de Ramadi y Fallujah, entre abril de 2004 y septiembre de 2007. El Costs of War Project realizado por la Brown University calcula que hasta ahora las fuerzas estadounidenses en Iraq y Afganistán han matado a más de 50.000 combatientes y quizá 160.000 civiles. Los heridos y los mentalmente lesionados en ambos

bandos multiplican esas cifras. Ahora algunos en la *clase protegida* estadounidense están de acuerdo con Dempsey, mientras que otros, como el columnista derechista Cal Thomas, se preguntan: ¿qué clase de militar es aquel que «no parece encontrar la voluntad de ganar guerras?». Pero en ninguno de los dos casos se trata de una posición política que vaya públicamente acompañada de cualquier clase de rigor sobre los costes humanos e históricos de la guerra. «No los provocamos nosotros» puede ser la consigna nacional, una combinación de ignorancia y fingida inocencia.

Así, los estadounidenses tal vez confíen en que la respuesta al suicidio de soldados sea la meditación. Y la respuesta a otra herida que lleva la firma de este conflicto –dos piernas perdidas acompañadas de mutilación pélvica y genital– puedan ser contratos con laboratorios para desarrollar una armadura extra para la entropierna. Y que la respuesta al trastorno por estrés postraumático y a las traumáticas heridas en el cerebro pueda ser un cuestionario para controlar los síntomas de los soldados, rellenado antes de que regresen, y cuando estén en casa, un «*Thank You for Your Service*» unido a un revoltijo de programas para veteranos sobre los que el resto del país no tenga que pensar. En la izquierda, el movimiento antiguerra esperaba que la respuesta a las percepciones de marginalidad pudiera ser anodinas llamadas a *Support the Troops*. En el ejército, los reformistas esperaban que la respuesta a la baja moral de las tropas podría ser un programa de optimismo para desarrollar la adaptación al trabajo. (No ha funcionado. Seis años y 287 millones de dólares después, 403,564 efectivos en activo en la Guardia Nacional y en las tropas de reserva –el 52 por 100 de aquellos a quienes se les pidió que contestaran a una evaluación anual– dijeron que «rara vez cuento con que me pasen cosas buenas», y el 48 por 100 mostró poco compromiso o satisfacción con el trabajo).

Los estadounidenses, por lo general, no cuestionan «el empleo», esto es, la profesionalización del ejército que ha hecho que las guerras y los múltiples despliegues y todo lo que surge de ellos sean inevitables. En la izquierda estadounidense realmente existente no ha habido ningún debate serio sobre el reclutamiento universal –menos aun una exigencia– como una forma de control democrático contra la guerra ofensiva. Hablamos en contra del imperio, pero somos los beneficiarios de los ajustes profesionales y tecnológicos del Estado imperial a las pasadas victorias del movimiento antiguerra. Hablamos del reclutamiento invisible, pero, quizá animados por la valentía de los Veteranos de Iraq Contra

la Guerra, todavía esperamos que los soldados, cuya comida, vestimenta, abrigo, familias e identidad dependen del trabajo de librar la guerra, se rebelen en masa. De tiempo en tiempo hablamos de la cultura de abuso en el entrenamiento básico y en los puestos militares, pero estamos callados ante los regímenes de disciplina más que contundentes que se imponen en anticipación de las reducciones de personal, en otras palabras, a los despidos. Y para la única cosa que los militares proporcionan –sentimiento de pertenencia, solidaridad, un sentido del honor y sentimiento familiar contra la soledad–, por muy retorcidamente que lo hagan, no tenemos ninguna alternativa en absoluto.

Gusman piensa que debería exigirse que todos los estadounidenses realizaran a la edad de dieciocho años algún servicio público durante dos años para desarrollar algún tipo de sentimiento y responsabilidad social; dice que algunos de los soldados y veteranos con los que trabaja llaman a los civiles «la gente estúpida». La gente estúpida es abstracta, está desconectada. Se entretienen en las colas del supermercado, se comen con los ojos la miseria de los chismes de los famosos, cotillean con el dependiente, buscan su dinero. «¡No están preparados!», brama el soldado/paciente. Él no está bien. Tampoco la sociedad en la que él se encuentra ahora básicamente solo.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Por qué fracasó la democracia en España

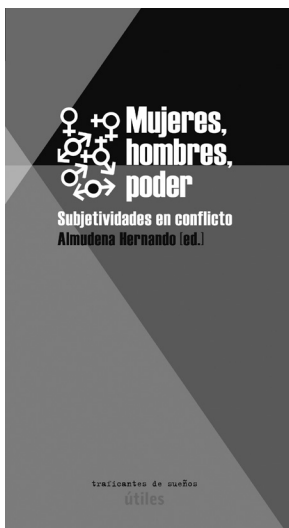
La Transición y el régimen del '78

Emmanuel Rodríguez López

Después de cuarenta años de dictadura, la Transición ha sido representada y explicada como el triunfo de la democracia. Unos líderes moderados e inteligentes, un pueblo maduro y responsable, la oportunidad de un cambio político, pero sin riesgos, ni aventuras; fuera del consenso apenas quedaba espacio para las amenazas del extremismo terrorista y la involución. Esta es la imagen repetida en documentales, libros y prensa, que hasta hace bien poco ha servido de pilar ideológico de la democracia española.

Colección: Historia 14

PVP: 18 €



Mujeres, hombres, poder Subjetividades en conflicto

Almudena Hernando (ed.)

Este volumen, recoge cinco artículos en torno a la construcción de las subjetividades de género. Al cine y la literatura infantil se dedican los dos primeros, entendidos como dispositivos de reproducción de la desigualdad en tanto colocan en el centro a personajes, deseos y necesidades masculinos. En los conflictos entre las subjetividades creadas como masculinas y femeninas se centran los dos últimos capítulos, mostrando que las diferentes expectativas de identidad y relación con las que crecemos limitan nuestro potencial de entendimiento y encuentro.

Colección: Útiles 15

PVP: 15 €